

¿GLOBALIZACIÓN DE LA PALABRA?

Martha Rodríguez Albán

Al proponerme una reflexión en torno a la posibilidad de «Globalización de la palabra», me han surgido diversas inquietudes. Partiré de las definiciones de los términos «globalización» y «palabra», inevitablemente argumentaré desde una postura personal ante ambos, y buscaré responder sobre cómo me ubico ante el fenómeno de la globalización, en tanto escritora y usuaria de una lengua específica en una geografía y en un contexto histórico específicos.

LA GLOBALIZACIÓN, UN CONCEPTO SOCIO-ECONÓMICO Y POLÍTICO

El vocablo «globalizar» se define, en el *Diccionario Larousse Ilustrado* (edición de 1984), como «dar carácter global, general» a algo. Se refiere, pues, a pérdida de las especificidades.

La globalización es un fenómeno basado en el neoliberalismo económico, que supone una internacionalización de la economía y la sociedad en su conjunto. Una de las implicaciones sociales y políticas más importantes es la pretendida «eliminación» de las fronteras geográficas.¹

Abrir fronteras implica exponerse a modificar los antiguos patrones de consumo y al abandono de ciertos modelos culturales tradicionales. Se pretende que favorece un mestizaje cultural, y se parte del supuesto de que los valores de la cultura dominante son mejores que los propios y de que pueden transplantarse de manera fácil y sin costo.

1. Félix Valdés García, *Revista Cubana de Ciencias Sociales*, No. 32.

Cada cultura orienta y define los rasgos de su actividad productiva, desde sus propios patrones de consumo hasta el tipo de producto final que elaboran, su uso y sus características. Al abrir las fronteras sin conocerse uno mismo se corre el riesgo de menospreciar o perder elementos básicos de nuestra identidad en el camino, con el implícito costo de esta pérdida, en diversos ámbitos además del económico. Anoto un ejemplo extremo, para graficar este riesgo no previsto: en décadas recientes los grados de desnutrición en muchas nacionalidades indígenas de nuestra Región Oriental se han vuelto alarmantes; pero ellos no padecían desnutrición hasta la modificación de sus hábitos alimenticios, inducida por su reciente contacto con la cultura occidental, así como por la modificación de los ecosistemas que los sustentaban, y que este contacto ha traído consigo.

El riesgo de desaparecer en el curso de este proceso es mayor para algunas culturas minoritarias, como las diversas nacionalidades indígenas de nuestra Región Oriental. En tanto estados latinoamericanos —comunidades con historia de un contacto mayor con los usos económicos y la tecnología de Occidente— acaso no lleguemos al extremo de la extinción, pero los niveles de pobreza sí se prevé que aumenten en nuestros países, a menos que se adopten políticas tendientes a disminuir el impacto del sistema económico global, y que preserven rasgos fundamentales de nuestra identidad.

Son importantes estas consideraciones, pues el impulso de este fenómeno social y económico, no exento de importantes implicaciones éticas, parece ser irreversible. El Informe de la OIT sobre el Empleo en el Mundo, año 2001, concluye así: «A pesar de la revolución de las comunicaciones que tiene lugar en el mundo actual, aumenta el número de trabajadores que no pueden encontrar empleo o acceder a los recursos tecnológicos emergentes necesarios para garantizar la productividad en una economía global cada vez más digitalizada (...). Dada su velocidad de difusión en los países pobres y ricos, la revolución de las tecnologías de la comunicación y de la información (TCI) da lugar a la ampliación de la *brecha digital* a escala internacional (...). Salvo que se aborde esta situación con urgencia, las aspiraciones de empleo y el potencial de productividad de millones de trabajadores en un gran número de países en desarrollo, no podrá realizarse».²

Anoto la opinión de Juan Sanavia, director general de la OIT, quien postula tres requerimientos básicos, en los países pobres, para reducir la «brecha digital» que los separa de los ricos: 1. Formulación de una estrategia nacional

2. *La Revista de la OIT*: «Salvar la brecha digital: aprovechar las TCI para favorecer el desarrollo económico, la creación de empleos y la erradicación de la pobreza». Trabajo No. 38, enero/febrero 2001.

coherente respecto a las TCI; 2. Existencia de una estructura asequible de telecomunicaciones; y, 3. Disponibilidad de una población activa instruida.³

Yo insistiría, además, en la necesidad de identificar y afirmar los valores culturales que consideremos irreductibles, para saber claramente a qué es aquello a lo que no estamos dispuestos a renunciar, en el camino de este proceso que aparentemente resulta inevitable.

EL PAPEL DE INTERNET EN EL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN

Resulta imposible hablar del fenómeno de la globalización sin referirse a la revolución propiciada por las tecnologías de la comunicación y de la información (TCI), la cual ha fortalecido de manera particular la ilusión de la «eliminación» de fronteras geográficas.

Internet, el producto más visible de este conjunto de tecnologías, no es otra cosa que la red más grande de computadores conectados entre sí, con la posibilidad de compartir información en formato electrónico. Sus herramientas proveen: acceso a información mundial, posibilidad de comercio a través de la red, correo electrónico, telefonía, «chat» y foros.

En los tiempos actuales, estas redes han sustituido a los Estado-naciones del modelo económico anterior en su función de vehículos de democratización, llamados por otros, con criterio más radical, «los vehículos de penetración cultural de hoy», los instrumentos que pueden poner en peligro la supervivencia de culturas y de grupos étnicos minoritarios.⁴ Es una posibilidad real, —además de injusta y dolorosa—, el que muchas culturas minoritarias puedan sucumbir, en la pobreza económica o en la transculturación. Una autora, Mary Waters, se refiere a diversos matices que caben en la pretensión de uniformidad, opinión que puede leerse en el contexto de un nuevo mestizaje al amparo de la cultura digital: «Hibridarse culturalmente es hasta divertido, sobre todo para quien la cultura original es la dominante o una de las hegemónicas. Pero hibridarse en términos de clase económica u otra situación material no es necesariamente una experiencia tan placentera ni tan provechosa. Y el acceso, por otro lado, a la hibridez discursiva no es, desde luego, tan fácil para los miembros de las razas visiblemente oscuras».⁵ Considero que son plenamente justificados los reclamos de responsabilidad ética a lo largo de este

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*

5. Leslie Bary, «*Síntomas criollos e hibridez poscolonial*», Congreso de LASA, Guadalajara, México, 17 de abril de 1997.

envolvente proceso. El escritor Mario Benedetti, por ejemplo, lo afirma repetidamente: «La globalización es un fenómeno económico pero también ético. Creo que lo que más caracteriza a la globalización es la falta de respeto a los pueblos más pobres; es una demostración de la vanidad del poder y del dinero». ⁶ No obstante esta implicación y los mencionados riesgos de este proceso, no deja de resultar crítica la desventaja, en términos económicos, de no tener acceso a las redes de información. En nuestros países esta tecnología constituye un lujo, pues a nivel mayoritario se carece de la infraestructura básica para acceder a las redes de información y de servicios. Es una falacia decir que solo basta con tener acceso a una computadora conectada a la red, generalmente por vía telefónica. Y lo es por el simple hecho de que 2/3 partes de la población mundial no han usado jamás el teléfono. ⁷

La OIT estima que en este año 2002 existimos 450 millones de usuarios de Internet, y que, de todas estas personas, el 90% viven en los países industrializados, frente a un 1% en A. Latina y otro 1% en el conjunto de las poblaciones de África y Oriente Medio. ⁸ Esto quiere decir: 405 millones de usuarios en los países económicamente desarrollados, frente a 4,5 millones en América Latina.

Desde un punto de vista desaprensivo, podría eventualmente mirarse un menor acceso a Internet como un hecho alentador, al considerarlo una poco deseable influencia externa sobre los rasgos culturales y la manera de pensar de un pueblo. Yo creo que esta posición purista es peligrosa, y casi estoy persuadida de que ese hecho constituye una desventaja: a la larga resultará más nefasta la condición de menor acceso potencial a información. Juan Sanavia, director general de la Organización Internacional del Trabajo, es concluyente en su afirmación de que «el ámbito de las TCI es mundial, su impulso, irreversible, y su efecto, generalizado». ⁹ El Informe de la OIT sobre el Empleo en el Mundo predice en sus conclusiones que «los países que no consigan incorporarse a la revolución digital, o que se demoren en este empeño, se enfrentarán a una pérdida de ventajas competitivas y de cuotas de mercado, así como a una posible caída de la renta nacional». ¹⁰

6. Mary Waters, «Ethnic Options. Choosing Identities in America», Berkeley, P.U. de California, 1990.

7. Mario Benedetti, Entrevista para *La República en la Red*, 31.12.00, p. 16.

8. Félix Valdés García, *op. cit.*

9. OIT Publications, World Employment Report 2001, «Life at Work in the Information Economy».

10. *La Revista de la OIT*, *op. cit.*

LA PALABRA, EN TANTO SIGNO LINGÜÍSTICO

El lenguaje es, básicamente, un vehículo de comunicación; relación de elementos codificados, de signos compuestos por una expresión (elemento fónico) y un contenido (concepto),¹¹ o, siguiendo a Saussure, por un significante y un significado.¹²

Pero lo que me interesa resaltar aquí es la profunda interacción de lo cultural y social con los aspectos lingüísticos; esto es, con la palabra.

Si bien la relación entre expresión y contenido de un símbolo es arbitraria,¹³ obedece a ciertas reglas convencionales; esto es, que sí se fundamenta en un acuerdo, pero entre los hablantes de esa lengua particular (a lo largo de la evolución del latín vulgar, hace varios siglos, los habitantes de lo que ahora es Francia han ido llamando «église» a lo que en español se ha llamado «iglesia», y en portugués «igreja». ¿Por qué eligió cada uno de estos pueblos esa forma particular de denominación? No se sabe: esa elección fue, pues, arbitraria, pero se partía de un acuerdo tácito en cada una de esas comunidades de hablantes. La elección entre una u otra manera de nombrar un mismo objeto tiene que ver más con procesos no medibles por métodos científicos de la actualidad, difícilmente codificables, pero sustentados probablemente en una manera particular de ver los objetos de la realidad, y no en otra, en un punto de vista específico, y no en otro). El ejercicio de una lengua es, pues, una puesta en escena de ciertos valores culturales de una comunidad. Es netamente una actividad social, y como tal, precisa de otros individuos para transmitirse y enseñarse, así como para modificarse en el transcurso de la historia. Es la afirmación continua de una cosmovisión, reflejo de los puntos de vista y conceptualizaciones que caracterizan y diferencian a esa comunidad hablante de las otras.

La riqueza particular de cada lengua hablada o escrita no se cifra, pues, en su capacidad de comunicar una serie de significados (propiedad que no la vuelve diferente de otras lenguas), sino en la de diferenciar una comunidad hablante de las otras, en su capacidad de reflejar y transmitir una importante carga de la historia de ese pueblo en particular, de sus maneras de ver y nombrar el mundo y de las apreciaciones estéticas de la sociedad que la ha creado (hay conceptos que existen, y por lo tanto son enunciables, solo en una lengua y no en otras; un ejemplo literario de este conflicto es tema del famoso cuento

11. Francisco Marcos Marín, *Introducción a la lingüística: historia y modelos*, Madrid, Síntesis, 1990, p. 14.

12. Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general*, Madrid, Akal, 1980, p. 104.

13. *Ibid.*

de Borges «La busca de Averroes», de *El Aleph*; el sabio árabe-español no podía traducir ni descifrar el significado de los vocablos griegos «tragedia» y «comedia», que había hallado en la *Retórica* de Aristóteles, simplemente porque la cultura árabe no poseía una tradición teatral). Una lengua nos informará también de su evolución cultural y de los usos que ese pueblo ha sido y es capaz de dar a este apreciable y particular motor de su desarrollo.

Y es esta propiedad de la palabra (la diferenciadora, la individualizante de cada comunidad lingüística) lo que la vuelve irreductible ante las pretensiones de uniformidad, ante la ilusión de un mundo engañosamente enunciado como carente de fronteras.

LA PALABRA, EN TANTO POSIBILIDAD DE EXPRESIÓN DEL DESEO DEL INDIVIDUO

El psicoanálisis se sustenta, como ninguna otra fuente de conocimiento, en el carácter individual, específico e histórico de cada ser humano. El término «deseo», en la acepción psicoanalítica silvestremente explicada, se refiere a aquello que cada individuo persigue, que le hace falta para completarse, en la pretensión de que esta tarea es susceptible de ser llevada a su fin. La terapia psicoanalítica apunta no solo a que cada paciente pueda reconocer su deseo¹⁴ sino a la necesidad de un habla especial: el ejercicio de una palabra que, a fuerza de dar vueltas y buscar explicarse, de analizar esa falta, en un momento dado consigue decir el nombre de aquello que se busca.

El psicoanálisis sostiene que solo se puede reconocer el propio deseo cuando se lo articula en la palabra.¹⁵ Es por eso que dicha terapia se fundamenta, precisamente, en un ejercicio del habla: terapia que remueve estructuras mentales de las que no hemos tenido conciencia, que las saca a la luz, las vuelve visibles y les otorga corporeidad a fuerza de nombrarlas.

La palabra como posibilitadora del descubrimiento de la propia individualidad. La palabra como herramienta que instituye, que diferencia e individualiza, que devela elementos de la propia estructura síquica, que crea.

De allí que el psicoanálisis trate a los individuos de uno en uno, insistiendo en aquello particular de su vida que lo ha hecho diferente. No pretendo, con esta afirmación, que todo el mundo precise o deba vivir la experiencia de una terapia psicoanalítica, ni mucho menos. Busco solamente resaltar, entre las concepciones que el psicoanálisis ha aportado, la apreciación de que la palabra

14. J. A. Miller, «Psicoanálisis puro, psicoanálisis aplicado, psicoterapia», en www.ilimit.com/cd-celp/freudiana/J.A.Miller_psicoan.puro_aplicado.htm

15. *Ibid.*

específica de un individuo es indispensable para que éste se reconozca como único e irrepetible, para que identifique plenamente —bajo la premisa ineludible de la necesidad de nombrarlo— aquello que le hace falta, aquello que lo caracteriza y lo vuelve diferente de todos los otros seres humanos; partiendo del supuesto de que este saber sustentará un mejor conocimiento de sí y del mundo que le rodea. Para que el individuo se reconozca a sí mismo como tal: que delimite sus propios rasgos y carencias, que sea capaz de leerse y re-interpretar su historia personal y diferenciarse de los otros seres humanos.

La palabra, en tanto portadora y propiciadora de elementos diferenciadores, es, por naturaleza irreductible a una condición unívoca, a la posibilidad de portar rasgos uniformados y uniformantes.

LA PALABRA, EN TANTO HERRAMIENTA Y SOPORTE DE CREACIÓN ARTÍSTICA

Ya hemos mencionado que la palabra es, entre otras cosas, un instrumento que posibilita la expresión de una individualidad, de un conjunto de valores inherentes a una historia específica y a una cultura. Pero la palabra posibilita, además, la expresión de otra categoría de percepción de la realidad: la artística.

La literatura, y el arte en general, muestran puntos de vista y aproximaciones particulares a la complejidad del mundo, muy alejados todos ellos de definiciones totalizadoras, de las concepciones y supuestos del positivismo científico. El arte literario nos permite acercarnos a las realidades diversas desde un punto de vista diferente: a través de imágenes y metáforas, no tanto de conceptos. En la literatura no existen representaciones unívocas de la realidad; pero a través de ella, precisamente de su pluralidad, podemos hacernos una idea de cuán compleja puede ser, y de representarla más como un conjunto de matices que como un fresco.

Esto, en cuanto a lo que posibilita el lenguaje literario, en oposición al lenguaje prosaico y al científico. Por otro lado está el escritor: cada uno se define por lo que escribe.

La herramienta y soporte de su creación literaria es su palabra. Una palabra que se corresponde con la cosmovisión que él posee y expresa, que da fe de sus sentimientos particulares, de sus opciones. Incluso de los propios cambios de perspectiva a través de los años (porque si bien los mundos que representa una lengua no son estáticos, cambian por extensión las palabras que los nombran y conceptualizan, así como cambian igualmente nuestros afectos en relación a dichas palabras —y a los fenómenos que representan—). Surgen así nuevas temáticas en los escritores y nuevas maneras de decir y de nombrarlas.

Es en este punto donde me pregunto yo: ¿De qué manera me ubico, como usuaria de la palabra en tanto escritora, frente al fenómeno de la globalización?

EL ESCRITOR ANTE EL FENÓMENO DE LA GLOBALIZACIÓN

Caben aquí diversas posturas.

Las más radicales sostienen que, a diferencia de lo político, el creador literario no «maneja» las palabras: son ellas las que lo buscan y lo conducen; el creador literario (sobre todo el poeta y el narrador de cuentos) no elige los temas ni la forma de plasmarlos: son aquellos los que se acercan a él y lo convierten en una suerte de «médium» que vuelve posible el develamiento. En esta apreciación lo único soberano e importante es el texto que se quiere crear.

Otros escritores, sobre todo quienes viven en zonas geográficas particularmente conflictivas, todavía se identifican con versiones remozadas del concepto de «literatura comprometida con su realidad». Las obras de estos autores tendrían un cierto carácter utilitario, al verse en necesidad de aportar a la comprensión de la realidad o la historia nacionales, de contribuir al descubrimiento/ conocimiento/ consolidación de la identidad de un grupo social (definido por la pertenencia a un país, por su raza, condición económica, problemática social, etc.), de elevar el nivel educativo de un pueblo, etc.

En el otro extremo se ubican los escritores solidarios con los valores socio-económicos aparejados a la globalización, quienes creen en los productos de consumo masivo y apuestan al valor de su obra en tanto producto que las editoriales comercializarán.

Abarcando los extremos del escritor de la palabra pura o el escritor comprometido con su medio, y el escritor que cree en la cultura digital y globalizada, existe, pese a todos, una zona intermedia: todos estos elementos forman parte de la realidad en que se mueve «lo literario», el mercado de las grandes editoriales, la manipulación de los medios de comunicación (que seleccionan qué escritores existen y cuáles no) y de las sociedades culturales tradicionales y sus ámbitos de influencia, las políticas culturales estatales de muy diverso impacto, etc.¹⁶

Cada escritor se plantea su ejercicio literario de forma distinta, partiendo del supuesto de que todos aspiramos, deseamos, que nuestra obra sea leída, que reciba críticas, que exista. Como probablemente muchos otros escritores,

16. ARCO, París 2001, «Literatura de crisis y proyección de futuro», en www.arcomundo.org/acodoc3.htm

yo no deseo abandonar mi personal proyecto literario, mi búsqueda individual, como tampoco mis aspiraciones a tener un espacio en la industria editorial. Suscribo, pues la opinión de un conjunto de escritores colombianos, reunidos en el año 2001 en París, para discutir diversos aspectos de su producción creativa:

La literatura parece ceder paso a la industria editorial de la literatura, gobernada por las editoriales. Esto determina en cierta forma el condicionamiento creativo del artista, pero no lo impide. Se oponen a ese poder: la calidad de la obra propiamente dicha, y el tender a fortalecer una crítica literaria independiente.¹⁷

Para sostener y fortalecer el espacio de libertad en la creación, al que aspiramos como artistas, para sostener esta suerte de lugar de resistencia, concuerdo en el inmenso valor de una crítica no dependiente de la opinión económica de las editoriales, que no se afine en sectarismos, cualesquiera que fueran sus categorías. Una crítica que reconozca y premie la calidad literaria de las obras, al margen incluso del fervor del público o de la opinión de los editores.

También es importante, insisten los colombianos, propiciar y fortalecer políticas culturales que busquen una mejor interacción entre lo económico y lo cultural: «Lo económico y lo político necesitan nutrirse de lo cultural, pese a la incomunicación actual. Crear puentes, sobre todo a nivel educativo (los economistas también necesitan educarse culturalmente) y en el de los lenguajes»¹⁸ (17). No deja de resultarme interesante este planteamiento, este llamado a acortar distancias con nuestros necesarios interlocutores, habida cuenta de que ellos y nosotros, así como muchos más, integramos y actuamos en ese espacio común que es el de «lo literario».

Si Internet es un vehículo adecuado para difundir una obra literaria, lo dejo a discusión de los lectores. Es más, les pregunto: ¿A qué público se puede llegar a través de Internet? ¿A quiénes nos interesa llegar?

Convencida de que todos estos acercamientos o contactos (ocurran en la realidad o en el mundo virtual) modifican de hecho los imaginarios, mueven algunos símbolos; convencida de que, sin renunciar en absoluto a nuestra individualidad, estos acercamientos nos capacitan a los escritores para ubicarnos y desenvolvemos de mejor manera en ese espacio de «lo literario»; convencida de estas premisas, repito, les dejo, finalmente, más preguntas, dos interrogantes que buscan muchas respuestas: ¿De qué manera se puede propiciar un contacto mayor de la escritura de un autor con el mundo, una posibilidad mayor de confrontación? ¿Cuáles pueden ser esas estrategias innovadoras de acer-

17. *Ibid.*

18. *Ibid.*

camiento al espacio físico de ese «otro» desconocido, que tanto puede ser aquel poder de las industrias editoriales, como el potencial lector que vive en un barrio distinto de su misma ciudad, en otras ciudades de su país, o en otros países y continentes?

Me cuestiono todo esto, y les hago extensivas mis inquietudes porque siento que este espacio amplio en el que todos nosotros nos movemos no es propiedad solo de un grupo de escritores, ni siquiera del poder de las editoriales, y, sobre todo, no es un reino susceptible de ser interpretado unívocamente. Es en ese espacio abierto, dialógico y crítico, en ese espacio y no en un reducto o grupo confinado, donde me interesa difundir la producción de mi quehacer literario. ●